

CULTURA E IDENTIDAD DESDE LA ÓPTICA ANTROPOLÓGICA: UNA REVISIÓN TEÓRICA

Montse Cañedo Rodríguez. Madrid

El origen de esta comunicación es tanto una lectura, sin duda parcial y fragmentaria, de algunas propuestas que se están llevando a cabo en orden a una revisión teórica y metodológica de la Antropología, como una experiencia personal –como alumna de doctorado– de una práctica académica a mi modo de ver aún bastante lastrada por esos clásicos presupuestos que ya desde Malinowski asientan la institución antropológica, presupuestos que actualmente están siendo replanteados. Es en ese sentido en el que estas páginas pretenden nada más que contribuir al debate sobre algunas de las cuestiones nucleares a la disciplina, respecto a las cuáles lo que se dirime es cómo habremos de plantearnos la reflexión antropológica en nuestras sociedades contemporáneas, digamos también posmodernas.

1. *Los supuestos clásicos*

Tradicionalmente la antropología ha venido conceptualizando la Cultura (o las culturas) como una suerte de colecciones que agrupan prácticas materiales, simbólicas... en el seno de unidades cerradas y circunscritas espacialmente a un territorio, un territorio cuyas fronteras –más o menos reconocida su habilidad– son a la vez su continente y su límite. Al interior, primándose una visión de consenso, la Cultura sería socialmente compartida por los «nativos», sujetos cuya identidad personal se construiría por la referencia y mediación de esos marcos de sentido grupalmente compartidos que constituyen «su» cultura. Al exterior, una cultura aparece como un núcleo homogéneo diferenciado de otros de la misma naturaleza, esto es, diferenciado de otras culturas. Éstas, en tanto objeto de estudio antropológico, permiten a su vez definir la Antropología como una labor de «traducción» de una cultura a otra, traducción hecha posible a partir de una práctica de co-residencia (Clifford), de un sujeto, el etnógrafo, que habitando temporalmente un territorio ajeno, estará en condiciones de intentar una traducción entre la cultura por la que se interesa –que el imaginario antropológico tradicionalmente piensa como tradicional o popular– y la propia a la que el antropólogo pertenece.

Una sensibilidad particular caracteriza además a la figura del antropólogo, sensibilidad que lo conduce a «proteger» a las culturas que estudia, preservándolas de los amenazantes procesos de aculturación que desencadenan las cada vez menos eludibles situaciones de contacto cultural con la poderosa cultura occidental, procesos de aculturación en los que dichas culturas perderían parte de su ser. Esta sensibilidad «proteccionista» no tiene por qué significar una bajada del antropólogo a la arena de

lo político. Nos estamos refiriendo más bien a su plasmación en el propio modo de hacer antropología, operando a partir de la selección y el aislamiento analítico de unos rasgos fijos que vendrían metonímicamente a representar y definir esa «cultura». A partir de dicha selección el antropólogo rechazará como espúeos los objetos y prácticas culturales que, derivados de nuevas realidades –como la del contacto cultural– no serían integrables en la colección (en la cultura) así definida. En ésta se conceptualiza como una unidad homogénea, circunscrita a un territorio y diferente de otras, las situaciones de contacto entre dos culturas se entenderán en consecuencia como generadoras de procesos de pérdida de «autenticidad» cultural –por ambas partes, pero especialmente en lo que hace a la cultura menos poderosa económica y políticamente–. Y en la misma línea en tanto las identidades individuales se anclan en la cultura, este tipo de procesos darían lugar a otros que se conceptualizarían como procesos de «pérdida de la identidad» de los «nativos» de la cultura menos poderosa.

Creo, basándome en mi experiencia como estudiante universitaria de Antropología, que los supuestos que muy esquemáticamente he esbozado en las líneas anteriores están detrás del modo en que desde la universidad pensamos la disciplina. Matizo que no pretendo tampoco generalizar, y aunque muchos de dichos supuestos son criticados y el debate está sobre la mesa, pienso que aún es necesaria una labor importante de reflexión y replanteamiento teórico–metodológico de las conceptualizaciones que están tenazmente detrás de las discusiones, maneras de plantear la práctica antropológica y sus problemas, concepción de la ética y la política de la disciplina, selección de temas para tesis doctorales y un largo etcétera. En la medida en que aquéllas están también presentes en mi manera de mirar antropológicamente, estas líneas se plantean además –quizá primariamente– como un intento de clarificación personal.

Más sintéticamente aún, la conceptualización de la cultura como una colección fija de objetos y prácticas ligada de forma natural a un territorio; el pensarla como unidad más o menos homogénea al interior y heterogénea al exterior; la visión del contacto cultural de manera bipolar –como contacto entre dos conjuntos definidos– y vertical –el uno dominante, el otro dominado– y de las dinámicas que genera como dinámicas de aculturación y dominio–dominación cultural, por las que ambos conjuntos o bien pierden autenticidad o bien extienden su hegemonía; la visión de unas relaciones no mediadas entre dominio económico–político y dominio cultural; el concepto de identidad como núcleo duro anclado en la cultura de pertenencia, identidad susceptible de «perderse» o diluirse en esas dinámicas mencionadas de contacto.... son algunos de los que vengo llamando presupuestos clásicos, que necesitan dejar paso a nuevos conceptos y prácticas, a nuevas metáforas... en un intento de repensar la naturaleza de las relaciones individuo-cultura/sociedad. Una reflexión a la que obliga, cada vez más imperiosamente, una realidad que no se deja aprehender ya por esas viejas conceptualizaciones.

2. Reflexionando sobre algunos conceptos

Cultura.

Una realidad cada vez más visible de migraciones, núcleos urbanos cultural y so-

cialmente heterogéneos... viene dictando el que cada vez más las diferencias culturales convivan al interior de un mismo territorio. Esto significa, en términos de García Canclini, la inmersión de las sociedades contemporáneas en procesos de «desterritorialización» de las culturas, en virtud de los cuáles las colecciones fijadas de objetos y prácticas que conformaban unidades aisladas se dislocan, se fragmentan, se cruzan de múltiples maneras. Una nueva realidad tecnológica –desde la TV a Internet– abre posibilidades infinitas a esos procesos de desterritorialización cultural. Las comunidades más que «campos» (estáticos, bien delimitados) empiezan a estar mejor pensadas como «circuitos» (fluidos, móviles), nódulos de cruces históricamente contingentes.

Poder.

Cuando la cultura no puede ser objetivada en la operación de circunscribirla a un territorio, las situaciones de contacto cultural dejan de ser pensables bipolarizadamente –como relación entre dos entes autónomos– y verticalmente –dominante uno, dominado el otro–. Repensar las relaciones cultura/poder nos remite a un descentramiento, una deslocalización del último, en virtud de la cual ninguna relación intercultural puede reducirse globalmente a un proceso de aculturación/extensión de la hegemonía... porque al no existir como conjuntos limitados, definidos, fijos, las culturas no pueden controlarse o ser controladas entre sí de manera sistémica.

Llegados a este punto es necesario precisar que con todo esto no queremos decir:

a) Ni que la desterritorialización de las culturas signifique que los objetos y sentidos culturales fluyan libre y arbitrariamente.

b) Ni que la descentralización del poder conlleve la debilidad o la inoperancia del mismo.

Hablamos más bien de un cambio en la conceptualización tanto de la cultura como del poder. Aquella se «desterritorializa» en tanto no mantiene una relación natural con un territorio, pero al mismo tiempo está sujeta a re-localizaciones contingentes que tienen una historia –no son arbitrarias ni dependen de la libre voluntad de los individuos–. Ahora bien, dichas re-localizaciones implican fronteras provisionales, pues sus límites son empujados desde dentro a partir de las prácticas de los individuos que siguen generando objetos y significados, siguen generando cultura. En relación al poder, la descentralización se refiere a la imposibilidad de un control sistémico, que no implica que distintos agentes (las multinacionales, los Estados) no puedan contener o dirigir, poner barreras al movimiento de los objetos y los significados. Quizá más invisiblemente que nunca el poder hoy en día «puede», conceptualizarlo adecuadamente ha de ser una herramienta para visibilizarlo.

Identidad.

El descubrimiento de la historicidad del «sujeto» (del sujeto burgués, el científico, o también del antropólogo) que antes se pensaba universal, han hecho posible el pensar que éste pudiese algún día desaparecer. En el mundo actual, globalizado y deslocalizado del capitalismo transnacional, algunos han hablado del posmodernismo como una lógica cultural que apareja la quiebra del sujeto monocentrado, la quiebra de la identidad o subjetividad asentada en los pilares «fuertes» de la cultura. La

identidad, si queremos mantener el término, no sería ya más una unidad compacta y definitiva referida a una cultura con las mismas características, sino una composición fragmentaria y continuamente re-negociada, permanentemente abierta, y desde luego lejos de la consistencia. En ese sentido la identidad no se «tiene» o se «pierde», más bien está siempre en (re)construcción.

3. Nota final: el lugar de la antropología

Y frente a esas realidades de objetos, sentidos, cuerpos e identidades en perpetua transformación la labor de la antropología es doble. De un lado contribuir a esa tarea que Jameson llama «cartografía cognitiva», la tarea de entender y dar razón de esos distintos procesos contingentes de fijación de sentidos y de identidades, comprendiendo que la labor teórica de fijar límites es siempre precaria y se ve superada porque los objetos a fijar están siempre en movimiento y se resisten a ser reducidos a textos.

A un segundo nivel, creo que es necesario también reubicar la labor de crítica cultural que le es posible –exigible– a la antropología. No la labor «proteccionista» de culturas «débiles» en la que algunos aún piensan, sino la de evitar hacer «traducciones» guiadas por un lenguaje fuerte, utilizando la yuxtaposición de lo diferente para hacer visible la contingencia de toda totalidad de sentido, propiciando conversaciones reales que transformen culturas e identidades.

Lejos de nosotros la pretensión –por incapacidad, todo hay que decirlo– de ser exhaustivos y de proponer un programa coherente para la reformulación teórica y metodológica de la disciplina antropológica. Después de estas páginas queda la pretensión de abrir un debate y la intuición de que es necesario un mayor esfuerzo de reflexión en las direcciones apuntadas y con seguridad en otras que aquí no lo están.

Bibliografía

- García Canclini, N., *Culturas híbridas*, Grijalbo, México, 1989
- Clifford, J., *Dilemas de la cultura. Antropología literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Gedisa, Barcelona, 1995
- Haraway, D., «Conocimientos situados» en *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Cátedra, Madrid, 1995
- Jameson, F., *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1991
- Ripalda, J. M., *De Angelis. Filosofía, mercado y posmodernidad*, Trotta, Madrid, 1996